



XXV

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

**A**l día siguiente, el valle apareció aún más triste y silencioso, el caserío de Tomochic, muerto y en ruinas, parecía una inmensa tumba.

Solo la casa de la Medrano ocupada por el Estado Mayor y restos del 9.º y 11.º batallones, estaba animada.

Tras la pared que cercaba el fondo del patio, tres ó cuatro tiradores que se relevaban cada hora, permanecían á la expectativa, en tanto que en un rincón y tras enorme boquete, estiraba su cuello, silencioso é inmóvil, el cañoncito Hostkiss, á caballo sobre su montante de cuatro patas.

A las nueve de la mañana, en el momento en que se repartía á la tropa carne y harina, se presentó un

hombre flaco y sucio que había llegado corriendo desde la casa de Cruz.

Era uno de los prisioneros que este tenía encerrados en un casuchón dentro del mismo patio de su casa. Todos los que en él se encontraban habían logrado abrir la puerta; pero nadie se había atrevido á ser el primero en salir, temiendo, con razón, que les hiciesen fuego de cualquier parte.

El coronel Torres, segundo en jefe, le interrogó á solas, ordenando después que se le diese de comer poco á poco y con muchas precauciones, pues hacía muchos días que no comía sino maíz crudo.

Con gran sorpresa vieron los tiradores que cercaban el reducto enemigo, aparecer una mujer á la puerta de él... avanzó lentamente, saltó por entre las maderas de la ya destruída empalizada, y sin rumbo fijo, empezó á vagar entre los sembrados, con ademán atónito de loca.

Después se dirigió á la casa de Medrano, tímidamente. El general ordenó que se la respetase.

Cuando un *pima* llegó conduciéndola del brazo, todos se quedaron pasmados ante su cuerpo enclenque y encorvado, y su cabeza completamente blanca de canas.

Era una decrepita anciana de ojos vidriosos é inyectados de sangre, vestida con una enagua azul, y calzada con viejas *teguas*.

Indudablemente se rendían, pues no podía explicarse que fuese allí, sino con el carácter parlamentario,

aquella vieja que debía ser valerosa por haberse atrevido á salir.

Sin embargo, no era así, y bien pronto se supo que medio loca por la muerte de sus nietos, había decidido ir á buscar sus cadáveres y á llevar alimentos á los heridos, muchos también hijos y nietos suyos.

Contó, tartamudeando, después que comió un plato de sopa que el general la ofreció, que Cruz no la dejaba salir; pero como era la más anciana del pueblo y la que más gente había dado á la causa de Nuestro Señor, el jefe, impotente para detenerla, la había dejado salir, encomendándola á la Virgen Santa.

Se trató entonces de que llevase una intimación al enemigo, haciéndola comprender lo terrible é irremediable de su situación, siquiera en vista de las mujeres, ancianas y niños, que morían de hambre ó contaminados por la peste que en la casa Cruz se iniciaba por la putrefacción de los cadáveres que arrojaban de noche cerca de ella y que permanecían insepultos, dando durante el día, un espantoso espectáculo de muerte, á las familias amontonadas como un haz de carne viva en aquellas paredes sostenidas por un heroísmo fanático, inverosímil.

Comprensible era en efecto la inmensa y desoladora desesperación que habría en aquella casa que debía estar convertida en un hospital, sin médicos, medicinas, ni alimentos... ¡hospital al par que fortaleza que debía ser sepulcro de los que la defendían con el valor inau-

dito de la fe de los antiguos cruzados, felices con la esperanza luminosa y mística del cielo!...

Sí; aquella demencia de fanatismo que se había apoderado furiosamente de aquel Tomochic ignorante, sencillo y heroico, hacía soportar los tremendos horrores de la tragedia del hambre, á sus últimos supervivientes.

Después de mil vacilaciones de la infeliz anciana que temía la cólera del caudillo, quien le había prevenido que jamás tratase nada semejante con los impíos, llevó un pliego firmado por el general Rangel, en que con las mejores razones posibles, se pedía la rendición incondicional de los de Cruz; pero que si se obstinaban en su resistencia tomaría á sangre y á fuego su último reducto; por lo que se le permitía que saliesen las mujeres y los niños, á los que se tendrían las mayores consideraciones.

A la media hora volvió la anciana con la contestación, en que se negaba enérgicamente á rendirse, negándose también á enviar las familias, por dudar del cumplimiento de la promesa.

Era en verdad hacer muy poco honor á los sitiadores, mas como se tornó á insistir, sobre todo respecto á la segunda parte, decidióse Cruz á mandar las familias, mientras él y los suyos esperaban la muerte.

. . . . .

Un grupo informe, un montón de enaguas sucias, de harapos desgarrados encubriendo carnes flacas, en-

tre un murmullo sordo de gemidos, toses y sollozos de niños, entró lentamente por la chaparra puerta de la casa, ante la estupefacción de todos los soldados y oficiales que se pusieron en pié para ver aquello tan horrible y consternador...

Ah! con qué profunda emoción presenció Miguel el desfile trágico de los infelices que entraron en sombría procesión... ¡Negra serie de espantosas víctimas!

Nunca había visto, ni leído, cosa más lúgubre. Todos la miraron con respeto, abriendo valla silenciosamente.

Iba á la cabeza un anciano jorobado, de grandes cabellos blancos, apoyándose sobre los hombros de una muchachita muy flaca, de rostro lívido, y que llevaba vendada una mano herida por alguna bala perdida. A través del vendaje sucio aparecía una gran mancha negra. Había una anciana que marchaba quejándose lastimosamente, con el rostro todo ensangrentado por una herida que tenía en la cabeza.

Una mujer alta, de grandes ojos negros, muy erguida, llevaba en sus brazos un niño de meses que sollozaba. Algunas jóvenes que se adivinaban bellas, marchaban envueltas en mantillas de color, ó cobertores á cuadros rojos y negros. Un niño de seis años cojeaba escurriéndole sangre de las rodillas; en sus ojos había dos lágrimas contenidas por una voluntad poderosa.

Después... era una masa confusa de cuerpos raquíticos y rostros huraños, de ojos negros, de miradas

febriles y relampagueantes sobre la lividez de flacas y rugosas mejillas.

Y cerrando esta procesión de desgraciadas que abandonaban los seres queridos que aún les vivían, este rebaño de viudas huérfanas, este montón de humano infortunio, marchaba lentamente la anciana emisaria, la vieja tartamuda que había dado tanta gente á Cruz.

¡Y considerar que aquel centenar de náufragos y de parias no eran todos los que había; que allá en la casa de Cruz habían quedado algunas mujeres obstinadas, las que aún tenían vivos á sus hijos y esposos!

Instantáneamente Miguel pensó en Julia ¿iría con aquellas infelices? ¿viviría aún?...

Intentó observar los rostros de las mujeres, experimentando profunda amargura y oprimiéndosele el corazón con el vago temor de descubrir entre ellas al ser tan simpático y desgraciado que había conocido en Guerrero.

Pero la mayor parte llevaban los rostros cubiertos con abrigos ó girones de mantillas, y bien pronto desaparecieron por el fondo de un portal.

En él había una gran pieza vacía que servía antes de troge á los Medrano. En ella penetraron.

Notó Miguel una lágrima en los ojos del general, quien no pudo articular una palabra, indicándole solo con el gesto al doctor Arellano, que se hallaba á su lado, que entrase para cuidar los heridos.

Les llevaron harina, carne y patatas, y se abrió apre-

suradamente el botiquín para proceder á las primeras curaciones.

Los soldados agrupados, desde lejos contemplaban, mudos, el interior de la pieza de la que salía un fatídico rumor de lamentos, quejidos de niño y toses enfermizas. ¡Aquello desgarraba el alma!...

En la puerta se apostó un centinela con la consigna de no dejar pasar á nadie ni aún á los oficiales.

Ya muy poco faltaba que hacer para acabar con los tenaces enemigos que quedaban en su cuartel, decididos á morir allí, altaneros, indomables, desafiando á los federales que no se atrevían á emprender el último asalto. La única señal de vida que daban era aquella bandera que flotaba al viento, con sus tres colores que salpicaban con un tono alegre el sombrío panorama.

Ya no hacían fuego, desde sus aspilleras, ya no gritaban! y era profundamente triste aquella calma silenciosa que se extendía por el valle desierto.

Los ganados abandonados á sí mismos habían huído por las montañas de la sierra, y solamente cerdos, azorados, vagaban gruñendo y entraban y salían por entre los escombros de las casas, poniendo en fuga á las gallinas y devorando hambrientos los cadáveres.

El general comprendía que en la noche deberían los sitiados hacer salidas para recoger maíz, patatas y frijol, que producían mucho aquellos terrenos, y á proveerse de agua del río, y trató de empezar á impedirlo.

Mandó que toda la fuerza se dividiese en guerrillas, que se extendieran en la noche alrededor de la casa

del enemigo, ocupando las que estaban cerca con el objeto de vigilar é impedir cualquier salida. Cada fracción de aquellas al mando de un oficial, llevaba un corneta para que contestase la contraseña cuando del cuartel general *corrieran* la palabra. Para impedir cualquiera confusión con los nacionales de Sonora ó Chihuahua que no debían tener lugar fijo sino marchar vivamente por donde se ordenara, debían contestar con determinada palabra para ser reconocidos cuando estos se acercaran por cualquier motivo, á los puestos sitiadores.

A las seis de la tarde, puesto ya el sol, en la semi-obscuridad de la noche entrante, partieron á los puntos designados de antemano, las fracciones combinadas, marchando en orden disperso, agazapándose tras los relieves del terreno, tomando muchas precauciones para no ser vistos del enemigo que seguía silencioso en su fortaleza, cuya masa delineaba confusamente la penumbra.

A las ocho de la noche rompieron el vasto silencio con penetrantes notas, resonó en el centro del valle el toque de *atención, parte y diana*, y no bien se había extinguido la última parte de ésta, cuando allá en el extremo del cerro de la Medrano, vibró contestando este toque, al par que también el puesto del cerro de la Cueva lo repetía.

Enseguida vibraron á un tiempo los mismos toques en todos los puestos del valle, produciendo extraña y fantástica sinfonía que los ecos de la sierra repitieron

y multiplicaron, hasta perderse en las vastas lejanías en un vago y melancólico *decrecendo*.

Hacia un frío intenso y Miguel, taciturno, en pie, envuelto en su capote, apostado tras de una cerca de un casuchón derruido, contemplaba á su frente, como á unos veinte metros, las negras paredes de la casa de Cruz, y un trozo de luna iluminando el horizonte con lívida claridad, daba un tinte de extrema melancolía al paisaje.

Miguel sentía renacer en su alma la tristeza incomprendible que constituía el fondo de su carácter. Pensó en su madre desgraciada, en su pasado sin una sola alegría, sin un amor: en su porvenir destruído; en la fatalidad que hacía de su corazón un corazón desgraciado.

¿Era posible que aquellos obcecados que velaban esperando la muerte, y tras ella la vida eterna en el paraíso, fuesen más felices que él, que vivía sin esperanza, abatido, viéndolo todo tras un prisma negro?... ¡Ah! ¿y Julia? aquella mujercita tan viva, tan linda, la de ojos oscuros, tan expresivos, tan melancólicos... ¡Qué pasión tan extraña!...

En unas cuantas palabras había adivinado una historia dolorosa soportada con dulce resignación, con la sonrisa beatífica del mártir que entrevé el cielo.

¡Con estremecimiento de indignación recordaba la incalificable abyección suya, de poseerla en un momento de embriaguez, cediendo á los impulsos de bestia que,

como una invasión de demencia, le arrebataban en las horas de orgía!

Ella había consentido, como cosa inevitable, como resignada á las brutalidades del macho, y experimentando, ante la juventud de Miguel, las primeras voluptuosidades del amor, en el despertamiento de su adolescencia...

De repente tornó á desgarrar el silencio de la noche, el toque de *atención, parte y diana*, cuyas notas metálicas resonaban en un coro gigantesco y fantástico de cornetas marciales... *atención, parte y diana* iba repitiendo cada corneta hasta llegar al del último puesto, allá en la iglesia humeante... después eran los ecos de las montañas los que repetían la última parte del toque, aquella diana sarcástica que iría á llevar sus acentos á aquel puñado de sublimes fanáticos que repetían en el siglo XIX las legendarias escenas inmortalizadas por la poesía épica!

El jóven oficial se estremeció nerviosamente cuando el muchachón que llevaba como corneta de órdenes, se incorporó y con el rostro hacia el cuartel general, dió al viento la contestación del toque que significaba el alerta en sus puestos.

Después, Miguel tornó á su meditación, paseando á la claridad de la luna en creciente que estaba ya para ocultarse tras el lomo enorme de una montaña.

¡Julia!... ¿estaba positivamente enamorado de ella ó era el sentimiento que experimentaba, una reacción de su naturaleza, una neurósis que ocasionaba en él,

el prestigio del infortunio y el atractivo de la desgracia en una mujer joven, resignada á su martirio fatal?...

¡Quien sabe, quien sabe! El hecho era que pensaba en ella, que se desesperaba de no haber podido interrogar y mirar detenidamente á las mujeres llegadas esa mañana.

Cuando desfilaron ante él, no la había visto, pero bien podía haber pasado sin conocerla... y Miguel en aquellas cavilaciones, ya sentado, ya paseándose, pasó gran parte de la noche, oyendo cada cinco minutos aquel toque repetido tristemente en el silencio, con intervalos regulares, como los golpes de ingente y formidable péndulo.

